

Yo, Judas Iscariote

(Monólogo teatral)

Carlos Sáez Echevarría

PERSONAJES

JUDAS

VOZ DE JESÚS

La escena representa un monte arisco con un árbol sobresaliendo sobre un precipicio. Se oyen truenos y relámpagos. Envuelto en una niebla espesa JUDAS entra en el escenario, huyendo de su culpa. Habla siempre con la inseguridad de una mala conciencia.

JUDAS.- ¡Me presenté a los sumos sacerdotes para que cambiaran el veredicto de pena de muerte y no lo han querido hacer! ¡Les he arrojado al suelo el dinero que me dieron por traicionarle! Me bastaba con que le hubieran encarcelado y castigado, para que no extendiera sus ideas.

Lo que yo quería era vencerle. Aniquilar la compasión y destruir el amor. ¡Yo, Judas Iscariote, le he vencido! ¡He aniquilado la compasión y destruido el amor! Como siempre, ha vencido el odio sobre la tierra. ¡No podría ser Hijo de Dios, puesto que no utilizaba la fuerza para realizar sus planes! Todo lo que decía eran mentiras. Todos los milagros tenían que ser puro teatro. Pedro y Juan, sus confidentes, lo tenían que saber. Conmigo nunca quiso tener confianzas. Más le hubiera valido aliarse conmigo y dejarse llevar por mis consejos. Yo le hubiera llevado hasta los celotas de Galilea y allí le hubiéramos proclamado rey, un verdadero rey, para aplastar a los romanos.

Yo he demostrado a todo el mundo que era el ser más indefenso de la creación, el ser más débil de todos. ¡Ha sido todo tan fácil! Se refugiaba en el amor porque le tenía verdadero miedo al odio. ¡He sido más fuerte que él! El odio es la fuerza que mueve los cimientos del universo. Estaba confundido. Su estrategia de extender el amor sobre la tierra era errónea. ¡Otra vez ha triunfado el dinero! ¡He desenmascarado a un falso profeta! ¡Ha sido todo tan fácil!

(Saca del interior de la túnica un puñal.) ¡Con este puñal hubiese llegado a matarle, para que no propagase sus ideas!

(Arroja el puñal despectivamente al suelo.) En su inocencia no creía que el dinero es la medida del odio sobre la tierra. ¡Sólo valía treinta monedas de plata! ¡No quisieron pagar más por Él! ¡Módico precio para el Hijo de Dios!

(Ríe de una manera nerviosa e insegura. Entre relámpagos y truenos con grandes efectos luminosos, se escucha la VOZ DE JESÚS que desde la cruz dice: «Dios mío, por qué me has abandonado».)

Ha perdido su carisma y ha sido un juguete del poder. Está muriendo completamente abandonado de todos. No sabía gobernar. Primeramente hay que saber utilizar sutilmente la política y dirigir a la gente con mano dura, usando las herramientas de la gobernabilidad: el castigo y la venganza. Por eso le traicioné. Su enemigo no era Roma, su enemigo era el diablo, un ser inexistente, y mientras tanto los romanos están oprimiendo al pueblo. Lo único que quería era cambiar la identidad de la raza judía, cambiando nuestras costumbres.

La raza judía tiene que ser una raza dominante, opresora de los demás pueblos, porque si no, al tratarse de un pueblo tan pequeño, nos extinguirían fácilmente. Yo hubiera preferido aliarme con el mismo diablo, para adueñarme de todas las riquezas del mundo y obtener todos los placeres. ¡Este salvador no ha conseguido nada con su predicación! ¡Tanto trabajo para nada!

Ni siquiera se daba cuenta de que yo le robaba constantemente. Le dije con cara de ingenuo que me ofrecía a dirigir la economía del grupo, organizando nuestras estancias y las limosnas por donde pasábamos. Era tan simple que me creyó y me agradeció el ofrecimiento. Desconocía que mi gran pasión era el dinero y que por dinero le vendería también a Él.

Se fiaba enteramente de los demás como un niño sin malicia. Estaba completamente loco. Era el loco más aparentemente cuerdo que he visto en mi vida. El destino de la humanidad está en la violencia del dinero, como hace Roma, la gran prostituta universal, que roba a todo el mundo para imponer su voluntad por la fuerza.

¡Qué locura, querer gobernar por el amor! Yo no le decía nada, cuando pronunciaba sus discursos poéticos sobre un mundo idílico, imaginario, donde las criaturas tienen asegurado el sustento diario necesario para cada día. No sospechaba mis pensamientos, que le espiaba y le robaba constantemente. Yo me reía interiormente de sus teorías simplonas, aunque al exterior aparentaba obedecerle. Pero estas teorías calaban en las gentes y las hipnotizaban.

¡Para qué le ha valido confiar más en Pedro y Juan que en mí! ¿Para qué le ha valido escuchar sus alabanzas? Esos dos también le han abandonado. Aparentaban creer todo lo que les decía. Luego sucedió lo que tenía forzosamente que suceder. Empezó a creerse realmente el Hijo de Dios, sin poseer un ejército que le apoyase contra los enemigos.

Incluso llegó a incitar a los sumos sacerdotes, para que le mataran. ¿Cómo pudo decir delante de todo el mundo que podía reconstruir el templo de Jerusalén en tres días? ¡Atreverse a insultar a los sumos sacerdotes y a los fariseos, poniéndose de parte de los pobres y de los oprimidos! Esta ingenuidad pueril le ha costado la vida; pero yo he sabido sacar partido de su imbecilidad, ¡aunque sólo ha valido treinta monedas de plata!

(Ríe nerviosamente. Entre efectos sonoros y luminosos se oye la VOZ DE JESÚS desde la cruz que dice: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen».)

¡Esta manía que tenía de perdonar! ¡Mi pueblo no necesita un Mesías perdonador y perdedor! Tenía que morir. El Mesías que esperamos los judíos tiene que ser un Mesías triunfante, que nos libere para siempre del yugo romano.

He de admitir que tenía una extraña personalidad y que podía haber llegado a ser un gran profeta. Si, al menos, hubiera incitado al pueblo contra Roma, yo le habría ayudado. Por eso busqué su compañía. Hubiera sido capaz de luchar y morir por esta causa; pero muere como un enemigo de los judíos, enemigo de su propio pueblo. Yo informé a los celotas en las montañas de Galilea de que se trataba de un profeta que odiaba la violencia y la utilización de la fuerza. Me contestaron que había que destruirlo, para no confundir al pueblo y para que no siguiese desprestigiando a los fariseos.

Todos sus discípulos eran como yo, unos oportunistas. Mientras vieron que podrían aprovecharse de su prestigio ante el pueblo, le siguieron, aparentando sumisión y obediencia. Se cansaron de seguir a un jefe que se aliaba sólo con los pobres, los enfermos y los necesitados. **(Ríe nerviosamente.)**

Sin embargo todo esto ha sido tan misterioso. Hay algo que no comprendo: Él mismo me mandó que me fuera a hacer lo que tenía que hacer. «Lo que tienes que hacer, hazlo pronto». Tenía prisa por morir. **(Se queda pensativo y preocupado.)**

Se lo dijo a Juan. Yo se lo oí, cuando le dio el pan mojado con la salsa. Le dijo claramente que yo le iba a traicionar. Se había enterado de todas mis manipulaciones. Me miró con una mirada especial, era como si me mandara hacer la misión más importante de su vida, una misión que no era de este mundo. **(Se pone muy nervioso y anda inquietamente por le escenario, dando muestras de una gran preocupación.)**

¡Lo sabía todo! Cuando salí del cenáculo, le miré y quedé impresionado por su mirada que me siguió a lo largo de toda la habitación. Nunca me había mirado así. No pude resistir el fuego de aquellos ojos que me hicieron desviar la vista rápidamente, para pasar desapercibido.

Casi me animó a que le traicionara. ¿Por qué no me lo echó en cara? Su terrible mirada me ha inoculado el remordimiento, que se retuerce en mi alma como una serpiente. **(Se pone más nervioso todavía.)**

Tenía una mente misteriosa, ocultando siempre sus decisiones. ¡Parece que deseaba que yo le traicionara! ¿Por qué lo quería tanto? ¿Cómo pudo leer mis pensamientos? ¡Yo no se lo dije a nadie! ¡Nadie sabía mis manipulaciones!

Nadie supo nunca que yo le robaba y que malgastaba su dinero en los burdeles del vicio. Siempre me cuidé de tenerlo muy oculto; pero Él lo sabía. **(Le entra un estremecimiento nervioso. Se muestra inseguro y pesaroso.)**

¡Estas tinieblas feroces me están helando las entrañas! ¡Lo sabía todo y nunca me reprochó nada! Había algo misterioso, oculto en su alma. Estaba seguro del triunfo del bien sobre el mal, del triunfo de la luz sobre las tinieblas, del triunfo del amor sobre el odio. Hablaba siempre de la luz de la verdad y de las tinieblas de la falsedad, como si la maldad fuese la ceguera y la bondad lo natural en el ser humano, cuando en la realidad es todo lo contrario.

Según su forma de pensar, estoy manchado con las tinieblas de la mentira, manchado con el crimen de la traición. ¿Será verdad que la dignidad de una persona sólo la da el amor? ¿Será verdad que el amor es la pasión que mueve el universo? ¿Será posible que fuera el verdadero Mesías?

Me acuerdo de sus palabras: «Cuando fuera levantado de la tierra atraeré todas las cosas hacia mí». ¡Creía que su triunfo vendría después de su muerte! ¡Si triunfa, estoy completamente perdido! También dijo: «¡Ay de aquel por el que el Hijo del Hombre será traicionado, más le valiera no haber nacido!». ¡Se refería a mí! ¡Se refería a mí!

(Entra en una profunda depresión. Se oyen relámpagos y truenos y el sonido de un terremoto con efectos luminosos sobre el escenario. Se oye la VOZ DE JESÚS a lo lejos desde el Gólgota que dice: «Hijo, ahí tienes a tu madre».)

Otra vez me atormenta el sonido de su voz. El sol también agoniza. La naturaleza protesta con rayos y truenos por la muerte de un inocente. Me siento miserable. ¿Qué le podré decir a su madre, cuando la vea? ¡Su madre, el ser más infeliz del universo! ¡Cuántas veces me trató como si fuera su propio hijo! ¿Cómo la voy a mirar a los ojos, para hacerla recordar, cada vez que me vea, la muerte de su hijo? ¿Con qué cara me voy a presentar ante el pueblo, si todo el mundo lo está comentando, si todo el mundo sabe que yo fui el que traicionó con un beso al profeta? **(Se frota los labios desesperadamente con la túnica para limpiarlos.)**

¡Mi traición ha sido fruto de mi odio y mi odio es el fruto de mi desesperación, algo negativo en mí, un defecto despreciable de mi naturaleza!

**(Se vuelve a oír desde lejos la VOZ DE JESÚS que dice:
«Tengo sed».)**

Tiene sed, Está explicando cómo se está muriendo, para demostrar después su resurrección. ¡Estas tinieblas en pleno día parecen indicar que hasta la naturaleza se avergüenza de mi traición! ¿Qué pasaría, si resucita, como lo hizo con Lázaro? Yo presencié aquella resurrección, pero el odio y la envidia que le tenía me hicieron juzgarla como preparada y teatral. ¿Y si fue verdadera aquella resurrección? ¿No tenía unos poderes extraños? ¿No he presenciado muchos de sus milagros, algunos incomprensibles para mí?

Si he sido un asesino, ¿dónde me podré esconder para que no me vean? ¿Qué perdón puedo merecer de los demás? ¿Cómo pedirles perdón por haberle matado? ¿Por qué me precipité tanto para traicionarle y no supe contenerme tan sólo unos instantes, antes de ocasionar su muerte? ¡Cualquier otro podría haberle entregado! ¡Esta locura de temperamento que tengo no me deja nunca ni un momento de paz con mis arrebatos!

(Se restriega la boca con las manos para limpiársela y se frota al mismo tiempo las manos con la túnica.) ¡Esta boca está manchada con el beso que le di y estas manos están manchadas también con su sangre! ¿Cómo limpiarme estas manchas?

(Se oyen más relámpagos y truenos con efectos luminosos sobre el escenario. Se oye la VOZ DE JESÚS a lo lejos en el Gólgota que dice: «Padre, perdónales porque no saben lo que hacen».)

No he sabido lo que he hecho. ¡Qué ofuscación más terrible! ¡Me precipité demasiado, al hacerlo! ¿Quién me podrá perdonar? ¡El frío de este horrible día, transformado en noche, me está helando el alma!

Estoy sucio. Mis manos están sucias. No me he sabido controlar a tiempo. He cometido un crimen horrendo, que nunca podré ocultar. ¡Todo el mundo lo comentará! El maestro me lavó los pies. No pude resistir su mirada, cuando lo hizo. Tuve que cerrar los ojos y mirar a otra parte. Aquel fuego de sus ojos, pidiéndome al mismo tiempo compasión. ¡Se refirió a mí, cuando dijo, que no todos estaban limpios! ¡Quería realmente morir para demostrar que podía resucitar por ser efectivamente Hijo de Dios!

Me examinaba con una manera misteriosa que tenía de ver las conciencias. Era como si estuviera por encima del bien y del mal, por encima del tiempo. Esa debe ser la única manera de poder comprenderlo todo. ¿Por qué no lo consideré antes? ¡Se cumplirán de esta forma las escrituras! ¡No quiero vivir con esta pesada carga sobre mi conciencia! ¡Tengo que morir! ¡No podré soportar la vida ante los demás!

(Se oye de nuevo la VOZ DE JESÚS entre efectos luminosos y acústicos que dice al buen ladrón: «Hoy estarás conmigo en el paraíso».)

Hoy entrará en el paraíso y desde allá se vengará de mi traición. No me podré esconder en ninguna parte. Su venganza será terrible. Por eso dijo aquellas palabras: «Ay, de aquel por el cual el Hijo del Hombre será entregado. Más le valiera no haber nacido». ¡Se refería a mí, se refería a mí! Andaré arrastrando mi culpa por el mundo mientras viva. ¡Es el destino de los traidores! ¡Una noche continua en tinieblas sin ilusiones, ni consuelo!

(Se oye otra vez la VOZ DE JESÚS que dice: «Todo se ha cumplido».)

¡Dice que se han cumplido las profecías! Esta oscuridad, estas tinieblas tan espesas me están torturando el alma. Lo afirmaba constantemente. Las escrituras se cumplirían de esta manera. Cualquiera podría haberlo entregado para que lo mataran; pero fui yo el que lo hizo. ¡Sólo por treinta monedas de plata! ¿Por qué apresuré tanto a traicionarle y no lo medité antes? ¿Cómo he sido tan irreflexivo? ¡Ya es tarde para volver atrás! Sólo me espera el odio y la venganza sobre la tierra. ¡He traicionado a la inocencia, a la verdad, al Hijo del Hombre, al Hijo de Dios! Soy despreciable porque odiaba su perfección, su ecuanimidad, su sabiduría, su paciencia, todas sus grandes virtudes. La fama de mi traición se extenderá por toda la tierra. Me he destruido a mí mismo para siempre. ¡Mi ideal de la violencia y la fuerza eran falsos! ¡No puede haber perdón para mi pecado!

**(Otra vez se vuelve a oír la VOZ DE JESÚS que dice:
«Padre en tus manos encomiendo mi espíritu».)**

¡Ha muerto ya! ¡Qué soledad tortura mi alma entre estas tinieblas fatídicas! Ha muerto, pero resucitará y todo lo convertirá en triunfo, tal como aseguró. Iré por el mundo a solas con mi culpa, arrastrando mi pecado, mientras la gente a mi alrededor murmurará, llamándome traidor. ¡Me siento solo y aborrecido sobre la tierra! La oscuridad de mi pecado nunca podrá apagar la luz de su verdad y de su virtud.

Resucitará, como aseguró y vendrá a juzgarme. Al final la luz de su verdad triunfará sobre las tinieblas de mi mentira. ¡Estaba confundido! ¿Qué será de mí? ¿Dónde me podré esconder de mi propia vergüenza? ¡Yo he ayudado a matar al Hijo de Dios, al gran Mesías! Prefiero morir, antes que soportar el peso de mi conciencia. No quiero que me vean y comenten lo que he hecho. La muerte me lo solucionará todo. No quiero pasar por una humillación y desprecio constantes.

¡Me maldecirán, me maldecirán mientras viva! ¡Mi angustia sólo podrá terminar con la muerte! ¿Qué me puede deparar ya la vida, manchada con el odio, la mentira y la traición?

(Se dirige al árbol del fondo del escenario y con la cuerda que hace de cinturón se cuelga de él entre los efectos sonoros y luminosos de los truenos y relámpagos. La sombra fatídica del ahorcado se extiende por el fondo del escenario.)

FIN